

LA HISTORIA POLÍTICA EN LA AGENDA
INACABADA DE LA NUEVA HISTORIA

Fernando Picó

Resumen

Gervasio García, uno de los protagonistas de la “Nueva Historia” de las décadas de 1970 y 1980, ha planteado a través de su larga carrera como profesor e investigador la necesidad de que la renovada historia económica, social y cultural de Puerto Rico esté acompañada de una nueva historia política, que no se cifre sólo en los gobernantes y los dirigentes políticos, sino también en los otros componentes de la sociedad. Esta agenda inacabada de la “Nueva Historia” se hace urgente, porque todavía no se ha revisado a fondo la historia política recibida. Una breve reseña sobre la historiografía del Estado español en Puerto Rico ilustra algunas insatisfacciones con las premisas del antiguo modelo historiográfico.

Palabras clave: Gervasio García, Puerto Rico siglo 19, historia política, modernización, “Nueva Historia”

Abstract

Throughout his career, Gervasio García, one of the leaders of the “New History” movement in the 1970’s and 1980’s, has repeatedly called for a new political history to match the renovated economic, social, and cultural history of Puerto Rico. He has pointed out that historians should look not only at those who govern but also at the other components of society. A brief overview of the traditional historiography on the 19th Century Spanish state in Puerto Rico illustrates some of the current concerns.

Keywords: Gervasio García, Puerto Rico 19th Century, political history, modernization, “Nueva Historia”

LA HISTORIA POLÍTICA EN LA AGENDA INACABADA DE LA NUEVA HISTORIA *

Fernando Picó

La enorme influencia que Gervasio García ha tenido en la formación de historiadores, en y fuera del recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico, se medirá en sus justas proporciones en las próximas décadas, cuando emerja una visión de conjunto sobre la historiografía puertorriqueña a partir del final de los años sesenta. Adelantando ese momento, recogemos hoy distintos aspectos del trabajo del maestro, desde sus ensayos críticos en *La Escalera* hasta las más recientes publicaciones. Su tesis doctoral, sobre la economía dependiente de Puerto Rico a finales del siglo XIX, aunque nunca ha sido publicada, ha dejado su huella en artículos y reseñas críticas. Su trabajo sobre la temprana historia del movimiento obrero, recogida en la publicación de CEREP sobre los primeros ensayos de organización obrera, y en el libro que publicó junto con Ángel Quintero Rivera, *Desafío y solidaridad*, sentó pauta para historiadores de los años de 1970 y 1980 que se interesaron en esa temática.

El campo de Teoría de la Historia, donde Gervasio ha hecho gala de sus conocimientos de distintas escuelas historiográficas, lo ha provocado en diversas ocasiones a escribir, notablemente su ponencia en el Congreso de CEREP de 1983, sobre la nueva historia. En *Historia crítica, historia sin coartadas*, donde se recoge ese trabajo, hay un conjunto de ensayos y reseñas que

* Este trabajo formó parte del homenaje al profesor Gervasio García, el 28 de septiembre de 2008, en la Universidad de Puerto Rico en Humacao.

precisan el alcance de sus observaciones teóricas y metodológicas sobre la investigación en Puerto Rico. Posteriormente en *Los primeros pasos* recogió, junto a María de los Ángeles Castro y María Dolores Luque, un conjunto de pistas bibliográficas y sugerencias metodológicas para historiadores de Puerto Rico. Su trabajo sobre el Informe Carroll, su prefacio a la nueva edición de Iñigo Abad anotada por José Julián Acosta, y su co-edición con Emma Dávila de los despachos de los cónsules extranjeros en Puerto Rico, con su abarcadora introducción, arrojan luz sobre la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en su coyuntura económica y social. No es, sin embargo, en los trabajos específicos de Gervasio sobre la economía y la sociedad puertorriqueña que quiero ahora cifrar, sino sobre el estado y la necesidad de una nueva historia política que desde los años '60 él ha estado planteando.

EL TEMA DEL ESTADO EN GERVASIO GARCÍA

Es en una reseña en *La Escalera* sobre el libro de Manuel Maldonado Denis, *Una interpretación de la realidad puertorriqueña*¹, que Gervasio manifiesta su descontento con la historia centrada en personalidades y desconocedora de otras corrientes políticas fuera del independentismo. “La explicación histórica que descansa en las ejecutorias relacionadas de los grandes personajes”, afirma Gervasio, “excluye la participación en los acontecimientos históricos de otros sectores más amplios de la sociedad”. Critica especialmente la ausencia de los trabajadores, preguntando por qué preferir hacer la historia de los políticos a la de los obreros y campesinos. Sobre todo rechaza una historiografía que monta tribunales para juzgar héroes y traidores, malos y buenos. “En la historia hasta el oportunismo de un Muñoz Rivera tiene una explicación, así como también el anexionismo de nuestras clases dirigentes...” Esboza una explicación de esa pequeña burguesía que:

... deseaba el favor y los votos de los trabajadores, pero a la vez temía sus reivindicaciones, defendía la anexión a

¹ “Apuntes sobre una interpretación de la realidad puertorriqueña”, *La Escalera*, IV, núm. 1, 1970, pp. 23-31.

Estados Unidos para asegurar la venta de sus productos agrícolas, pero a la vez temía y sufría la formidable competencia del capitalismo norteamericano y su creciente acaparamiento de la tierra, y para resolver este dilema optó por la cooperación con el régimen como un intento de ganar, a través de reformas y votos de lealtad, lo que temía perder en una lucha frontal contra el poderío norteamericano.²

Finalmente, Gervasio critica a Maldonado Denis por “creer que la asimilación cultural es el fin primordial del dominio colonial” y reitera la importancia del dominio económico, como verdadero eje y clave de la hegemonía colonial: “el arma cultural es un instrumento de dominación y no un fin en sí”.³

Una segunda oportunidad para criticar la historia política que se estaba ofreciendo fue la publicación del libro de Juan M. García Passalacqua, *La crisis política en Puerto Rico*, el cual Gervasio califica como un libro de folklore político porque “el autor no trasciende el nivel de lo anecdótico y lo episódico... no penetra la superficie de los acontecimientos”.⁴ Para Gervasio el libro ejemplifica la dificultad del pensamiento liberal de ver los movimientos políticos “como procesos que forman parte de una totalidad histórica”. Advierte que el autor publicó en el libro un affidavit de que allí sólo se decía la verdad y comenta “es ingenuo creer que la verdad histórica se dilucida en la oficina de un notario”. Ante la fijación con los números electorales Gervasio riposta:

A los trabajadores... les importaría más la democracia para decidir la orientación y la distribución equitativa de las riquezas que la democracia para elegir a un alcalde que organice la recogida de basura o el exterminio de las moscas del municipio o a un gobernador impotente para evitar los atropellos de la Marina en Culebra y Vieques, y todos los demás abusos coloniales. En fin, cuando se habla de la participación política sin tomar en cuenta la

² *Ibid.*, p. 26.

³ *Ibid.*, p. 28.

⁴ “La crisis del liberalismo colonial”, *La Escalera*, vol. IV, núms. 6-7, 1970, pp. 22-23.

función histórica del sufragio bajo el sistema capitalista, se ofrece al lector una visión errónea –por lo personal y fragmentada– de uno de los aspectos tan importantes de la vida política.⁵

Como contrapartida a estos ejemplos de historia política desde el independentismo y el liberalismo, hay un ensayo de Gervasio que en su momento creó furor, “El independentismo que salió de la tumba”.⁶ Se trata de una reacción a un discurso pronunciado en 1973 ante la tumba de José de Diego por Eladio Rodríguez Otero, entonces presidente del Ateneo Puertorriqueño. En contraste con el movimiento independentista, que entonces ganaba nuevo aire con luchas sociales y reivindicativas, Gervasio nota que persistía también el afán de defender la patria en salones, tribuna y cementerios. Usó como ejemplo al discurso de Rodríguez Otero defendiendo la supremacía de lo espiritual sobre lo material. Gervasio contestó que:

... para el obrero mal pagado o desempleado, el hambre y la escasez no tienen nada de ‘místicos’. El puertorriqueño que busca redefinir los términos de su acción política y social en una colonia moderna dominada por el país más poderoso del mundo, es ajeno a ‘su devoción por la Madre Patria y su completa identificación con los más altos valores históricos, morales y culturales de la stirpe hispánica’.⁷

Ante la insistencia de Rodríguez Otero que los socialistas, al dramatizar las luchas sociales contribuían a desbaratar la gran familia puertorriqueña, Gervasio contestó que más contribuiría a la unidad de los puertorriqueños “la eliminación de las distancias entre propietarios y desposeídos”. También Gervasio despacha los argumentos de que los socialistas desconocían los grandes logros de la colonización española y que querían arrancar a la mujer de la vida doméstica.

Estos tres ensayos, que sólo constituyen parte de las contribuciones de Gervasio a *La Escalera*, dramatizan las vi-

⁵ *Ibid.*, p. 30.

⁶ *La Escalera*, vol. VII, núm. 1, 1973, pp. 32-36.

⁷ *Ibid.*

siones historiográficas que hace cuarenta años se compartían sobre el desarrollo de la sociedad y el estado puertorriqueño. Como vemos, esas visiones no eran homogéneas, pero tenían en común el reducir la historia política a los dirigentes y el ver como determinantes personajes y episodios, no procesos y contextos históricos. Es precisamente esa óptica lo que hace al editorial de *La Escalera* para el centenario del Grito de Lares, con toda probabilidad escrito por el propio Gervasio, reclamar una historia distinta:

No basta plantear la lucha en términos extra-terrestres –la patria, la nacionalidad, etc.– es decir en términos desprovistos de contenido social. Por el contrario, es indispensable orientarla hacia aquellos sectores del pueblo que tienen un interés real y objetivo en el logro de la independencia, o sea, hacia aquellos sobre quienes pesa de forma directa y aplastante el sistema colonial presente: las clases oprimidas por la colonia capitalista que dejarían de serlo en la república revolucionaria.⁸

La insatisfacción de Gervasio con las historias políticas heredadas resalta en la introducción de su tesis doctoral, *Economie dominée et premiers ferments d'organisation ouvrière: Puerto Rico entre le XIX^e et le XX^e siècle*.⁹ Consideró que los temas políticos e institucionales habían opacado a la historia económica y social de Puerto Rico, produciendo relatos en que se invisibilizaba a los trabajadores. En particular expuso que el anexionismo del movimiento obrero a principios del siglo XX no fue un simple deseo de americanización a ultranza, sino que fue parte de la lucha social contra la clase propietaria, que los obreros identificaban con las clases propietarias de la colonia española. Buscando garantizar la democratización de la vida y el progreso económico optaron por la anexión.¹⁰

En el recuento del trasfondo de esa opción Gervasio resalta algunos de los problemas del Estado español en Puerto

⁸ “El Grito de Lares: interrogantes y lecciones”. *La Escalera*, vol. III, núm. 2, septiembre-octubre 1968, pp. i-iv.

⁹ Thèse de doctorat de 3^e cycle, École Pratique des Hautes Études, VI^e Section, Sciences Économiques et Sociales, 1975-76.

¹⁰ *Ibid.*, “Introduction”, pp. i-ix.

Rico en el siglo XIX, especialmente los desórdenes monetarios que llevaron a tres cambios de moneda.¹¹ La incapacidad del gobierno para resolver los problemas monetarios estaba vinculado a otros problemas, desde la falta de una infraestructura de comunicaciones hasta la naturaleza misma de la producción agraria, que dependía de mercados exteriores para sus precios y su financiamiento. Ese mismo gobierno que carecía de poderes para atender los reclamos básicos de la economía, era incapaz de asegurarle a los asalariados urbanos el control de los precios de artículos básicos de consumo. La serie de huelgas y de conflictos sociales de la década de los 1890 dramatizó la insatisfacción del naciente movimiento obrero con las instituciones políticas que le negaban el voto a la mayoría de los trabajadores y escatimaban sus servicios.

CONTRA EL ZIGZAGUEO

En una ponencia ofrecida en Cayey en 1986 y publicada luego en *Armar la historia*, Gervasio destaca la insuficiencia de una historia que sólo reseñe los programas de los partidos políticos, sin examinar sus prácticas.¹² Enfatiza la importancia de los contextos que permiten al historiador entender las etapas de unas vicisitudes políticas. No se trata sólo de coyunturas diplomáticas, electorales o militares, sino también el pleno juego de las tendencias económicas, las relaciones sociales, los supuestos culturales y las mentalidades que configuran las opciones en determinados momentos. Lamenta como “zigzagueo” la falta de precisión o de convicción ideológica que ha caracterizado a veces a los historiadores ante la disyuntiva de creer o no en una burguesía nacional capaz de darle consistencia a un movimiento político en el Puerto Rico de comienzos del siglo XX. Gervasio hace entonces un listado de los cinco elementos que él considera pueden ayudar a hacer una historia política a profundidad. Entre ellos se encuentran “mostrar cómo se politizan las clases y los indivi-

¹¹ *Ibid.*, pp. 83-95.

¹² “La política de la historia de Puerto Rico”, en *Armar la historia*. San Juan, Ediciones Huracán, 1989, pp. 95-105.

duos”, “precisar cómo se traducen los descontentos comunes en programas políticos y en acciones concretas” y “rastrear el papel del Estado y sus instituciones”.¹³

Análogos reclamos hace en sus trabajos subsiguientes, en los que demanda más atención para el Estado español que cede a Puerto Rico en el 1898 y el gobierno norteamericano que entra, mucho más atento a través de sus comisionados a las realidades de la Isla de lo que algunas historias tradicionales le han concedido. En los *Primeros pasos*, como modelos de historia política que el historiador debe tener en mente, cita la biografía de Trotsky por Isaac Deutscher y los trabajos de Eric Hobsbawm, Arno Mayer, Josep Fontana y Ernest Labrousse, entre otros.

También en las tesis que dirigió, tanto de maestría como de doctorado, Gervasio marcó pautas para una nueva historia política. Entre estas tesis se distinguen las de Astrid Cubano Iguina, *Comercio y hegemonía social; los comerciantes de Arecibo, 1857-1887*; María Isabel Bonnin, *Las fortunas vulnerables: comerciantes y agricultores en los contratos de refacción de Ponce, 1865-1875*; Dulce María Tirado, *Las raíces sociales del liberalismo criollo; el Partido Liberal Reformista, 1870-1875* y Arturo Bird Carmona, *La huelga agrícola de 1915 y la fundación del Partido Socialista*.

A través de cuatro décadas Gervasio García ha sido consistente en proponer una nueva historia política puertorriqueña, en el que el desarrollo de la vida pública se estudie en el más amplio de los sentidos. Es en consonancia con esos reclamos que ofrezco las siguientes reflexiones.

LA HISTORIA POLÍTICA HEREDADA DEL SIGLO XIX

De Salvador Brau para acá se ha configurado una visión histórica del Estado español en el Puerto Rico del siglo XIX que no se ha examinado a fondo. Según esta visión, el Estado español retrasó la modernización de Puerto Rico que tan fervientemente deseaban los autonomistas e independentistas. Por distintas razones, Salvador Brau, Paul Miller, Lidio Cruz Monclova

¹³ *Ibid.*, p. 102.

e historiadores afines elaboraron la noción de puertorriqueños progresistas y modernizantes frenados por un Estado español anquilosado, que no deseaba la educación de los puertorriqueños, que para ahogar los impulsos de modernización y liberalización sustituyó las elites municipales con funcionarios de carrera peninsulares, que reglamentó insoportablemente la vida de los puertorriqueños, retrasó el acceso a la banca, la universidad, el ferrocarril, y otros instrumentos de la modernidad, y por no satisfacer las aspiraciones al progreso, el cambio y la liberalización de las instituciones contribuyó al desafecto de los puertorriqueños a España y facilitó la anexión a Estados Unidos.

Aunque la llamada 'Nueva Historia' de la década de los 1970 y los 1980 llamó una y otra vez a hacer una nueva historia política de Puerto Rico, el reclamo sólo parcialmente ha llegado a materializarse. Cuando ha incursionado en el terreno del Estado español en el siglo XIX la tendencia de los 'nuevos historiadores' ha sido la de confirmar la visión tradicional que imperó desde Brau a Cruz Monclova. Se ha examinado con ahínco el afán por la tecnología de los hacendados que fundan las primeras centrales, pero no nos hemos detenido a examinar la paradoja que aquellos que importan maquinaria de Glasgow y de Francia, que extienden rieles por todos lados, capitanean la importación y la exportación, lanzan el Banco Territorial Español y tienden los primeros lazos telefónicos, militan en los partidos incondicionalmente españoles.

La historia cultural a veces apellidada posmodernista que está poco a poco dominando la nueva historiografía de principios del siglo XXI no ha puesto la historia política del siglo XIX en su agenda prioritaria, pero quizás ha facilitado el re-examen de la historiografía recibida. Es con el ánimo de comenzar una indagación, más que de declararla por terminada, que propongo la revisión de este período interesante de nuestra historia política. Lo hago desplegando una serie de preguntas pendientes: ¿era la agenda del procerato puertorriqueño modernizante o conservadora? ¿Estaba a favor o en contra del ordenamiento urbano, de la racionalidad económica y fiscal, de la educación de las masas y de la mujer, de la salud pública, de la secularización de la vida civil, de la renovación de los códigos de justicia? Pero eso es viéndolo sólo desde la cúpula, como lo hizo la vieja historia. En términos de la Nueva His-

toria: ¿Cómo las masas reaccionaron a la modernización introducida por las autoridades? ¿Cómo las actitudes populares configuraron, si en algo, la visión de los sectores hegemónicos? ¿En qué grado los sectores letrados identificaron e interpretaron las resistencias populares? ¿Qué interacciones hubo en sus escritos entre elementos de modernidad y de tradición? ¿Qué híbrides resultaron de esas interacciones?

Al hablar de hibridez estamos ya en la guardarraya de la historia cultural, a veces apellidada posmodernista, y esta colindancia nos lleva a considerar discursos y representaciones letradas, silencios y ocultaciones, a identificar formulaciones icónicas y a avanzar deconstrucciones. La agenda se hace larga, la empresa no está exenta de contradicciones, y quizás la necesidad del ejercicio pronto sea rebasada por planteamientos pragmáticos, pero puede ser que el esfuerzo produzca mejor entendimiento de los laberintos y callejones sin salida de la historiografía del siglo XIX.

EL SIGLO XIX DE SALVADOR BRAU

Comencemos con una cita de Salvador Brau, de su *Historia de Puerto Rico*. Después de citar estadísticas que reflejan el impresionante aumento de la producción y el comercio durante el régimen de Miguel de la Torre, añade Brau:

El adelanto material que revelan las anteriores cifras hace honor a La Torre; pero desdichadamente, estos méritos se obscurecen por la dirección impuesta a las costumbres.

Soñando con reivindicaciones imposibles en Costa-firme y sospechando que las ideas separatistas contaban en la isla con algunos adeptos, a la vez que enviaba emisarios a Venezuela a fraguar una contrarrevolución, distraía a los puertorriqueños con el bullicio de una fiesta interminable.

“Mientras el pueblo se divierte no piensa en conspirar”, decía el buen caudillo y obedeciendo a este principio, que formó escuela gubernativa en la colonia, reglamentóse la gallera, se multiplicaron los dados, naipes y rolinas, las festividades religiosas sirvieron de pantalla a

vicios populares, las carreras de San Juan renovaron en la capital sus antiguos escándalos, las visitas gubernativas fueron jornadas de placer amañadas por astutos caciques, y con las cantaletas callejeras “*al benéfico La Torre, numen tutelar de Puerto Rico*”, corrieron parejas el villano *pasquín* y la procaz *ensaladilla*, donde, a falta de prensa periódica en que consignar un pecho honrado su protesta, se desfogó la maledicencia de los que llamaron el gobierno de las tres B –*baile, botella y baraja*– a aquel procedimiento desmoralizador”.¹⁴

La frase “baile, botella y baraja” hizo fortuna y no es raro encontrarla en las bocas de maestros de historia que no han preparado su clase y encuentran en la frase una salida oportuna para dedicar el resto del período a ilustrarla con ejemplos de nuestra época. Hay muchas maneras de considerar y discutir la gobernación de Miguel de la Torre, pero reducirla a “baile, botella y baraja” es trivializar uno de los períodos más importantes de nuestra historia económica y reducir a la banalidad el esfuerzo sistemático del Estado español en Puerto Rico para introducir una nueva racionalidad en el gobierno de la Isla.

Salvador Brau era un excelente investigador del siglo XVI, pero como suele pasar, al llegar en su *Historia de Puerto Rico* a reseñar su propia época, dependió demasiado de sus memorias de niñez y de las impresiones generales de su medio social. Por eso cuando llega a considerar eventos y procesos de mediados y fines del siglo XIX comete lamentables deslices, que por el prestigio y reputación del autor han pasado a formar parte de la historiografía recibida. Tomemos un ejemplo. Brau dedica una página y media de su obra a reseñar el fusilamiento por el gobernador Juan Prim de José Ignacio Ávila, apodado “El Águila”, por haber robado el caballo favorito del Gobernador. Brau habla con simpatía de Ávila, “ordenanza urbano de la tenencia a guerra en su pueblo natal”, Cabo Rojo. Sus delitos son los de robos de ganado y de fugas; Prim lo ha indultado, pero el Águila, incorregible en sus retos a la autoridad, se ha

¹⁴ Salvador Brau, *Historia de Puerto Rico*. 2ª ed. facsimilar, San Juan, Editorial Coquí, 1966, p. 241.

atrevido a robar el caballo de Prim cuando éste visita a Cabo Rojo. Dice Brau:

Hallóse pronto la cabalgadura, sin daño alguno; túvose aquella substracción como una travesura del cuatrero para demostrar al general su destreza; pero Prim no modificó su amenaza. Había ofrecido fusilar a *El Águila* y lo fusiló el 3 de abril, un día después de su captura.¹⁵

Incontables historiadores han seguido este *emplotment* de Brau. Investigaciones más recientes, sin embargo, han demostrado que José Ignacio Ávila era un inmigrante canario y que su ejecución se debió al asesinato de un hacendado del suroeste. Prim, no hay duda, abusó de sus facultades omnímodas al establecer un consejo de guerra y autorizar la ejecución del homicida, pero aún Luis Manuel Díaz Soler, quien conoce del asesinato del hacendado, no quiere desprenderse de la historia del caballo robado y del cuento de Brau.¹⁶ Hay una fascinación insuperable por este tipo de anécdota en el recuento de la historia del Estado español en Puerto Rico, y la gravedad no está en que tales o cuales anécdotas sean espúreas o deformadas, sino en que por preferencia al enfoque anecdótico se elude analizar la estructura, el personal y las líneas maestras del funcionamiento del Estado español en Puerto Rico. Lo que Salvador Brau dejó fuera de consideración, y que la mayor parte de los historiadores que le hemos seguido no hemos hecho, es considerar el proyecto de modernización que subyace la acción del Estado en buena parte del siglo XIX.

EL ESTADO IRREDENTO DE PAUL MILLER

En todo caso la influencia que Brau tuvo sobre la enseñanza de la historia de Puerto Rico en las décadas después de la publicación de su *Historia de Puerto Rico* fue limitada frente a la difusión que obtuvo el texto oficial de Paul Miller. Sé que

¹⁵ *Ibid.*, pp. 253-54.

¹⁶ Luis Manuel Díaz Soler, *Puerto Rico: desde sus orígenes hasta el cese de la dominación española*. 2ª impresión, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995, p. 447.

está de moda descalificar la *Historia* de Miller como texto que propende a promover la mentalidad colonizada, pero creo que por esa misma calificación se ha eludido examinar los méritos de la obra. No hay duda de que el examen del siglo XIX en Miller es mucho más profundo y abarcador que en Brau. El libretto implícito, sin embargo, es la justificación del colapso del Estado español en Puerto Rico y su sustitución por un régimen de mayor modernidad y libertades. El corolario resultante es que los puertorriqueños estaban ansiosos de advenir a la modernidad y el Estado español se lo inhibía.

EL MANIQUEÍSMO DE LIDIO CRUZ MONCLOVA

El ingente esfuerzo de Lidio Cruz Monclova por historiar el siglo XIX puertorriqueño estuvo desigualmente distribuido. Un tomo recoge el período entre 1808 y 1868, mientras que los cuatro tomos restantes se encargan de los próximos treinta años. No es este el momento de entrar en la evaluación de los masivos tomos de Cruz Monclova, pero es lógico señalar que la periodización por gobernaciones que Cruz Monclova adoptó centró demasiado la atención en la personalidad y ejecutorias de los gobernadores y distrajo del interés en los procesos a largo plazo y las estructuras de gobierno. El balance que Cruz Monclova hizo de cada gobernación, aduciendo los logros y las deficiencias incurridas, contribuyó a darle un perfil maniqueo a la obra. Los gobernadores inevitablemente resultan ser liberales que pierden su ropaje ideológico al asumir las tareas de su mando, y todos o casi todos merecen reprobación por no estar a la altura de las expectativas del historiador.

Lo que Cruz Monclova no hace es advertir la configuración del Estado español en el Puerto Rico del siglo XIX siguiendo líneas de modernización dictadas desde Madrid. Al cifrarlo todo en la voluntad arbitraria del gobernante de turno convierte nuestra historia en una cadena de caprichos gubernativos, sin advertir el proyecto programático que subyace muchas de las iniciativas registradas y el efecto a largo plazo de transformación estatal.

LA NUEVA HISTORIA Y EL ESTADO ESPAÑOL

Para entender la aproximación de los ‘nuevos historiadores’ de los 1970 y los 1980 al examen del Estado español en Puerto Rico hay que tener en mente la desconfianza del discurso nacionalista y el desgano por la historia política tradicional que los ‘nuevos historiadores’ traían en su equipaje mental. Los escritores de la década de los ’30, en su esfuerzo por combatir la americanización del país, habían abundado en los méritos del régimen español. Las comparaciones que se hacían entre las instituciones españolas y las introducidas por los norteamericanos estaban teñidas de la nostalgia y la añoranza de elites desplazadas que rememoraban sus años de esplendor. Como toda élite desplazada, la puertorriqueña de los 1930 había tendido a ubicar en el terreno de la cultura el poder y la influencia que habían perdido en la economía y la administración. El pasado había sido reclamado como dominio privado de intérpretes de una cultura nacional, cuya configuración estaba inevitablemente determinada por la agenda anticolonial.

Los ‘nuevos historiadores’, en su rechazo de la historia de corte nacionalista, habían centrado sus esfuerzos en revelar las fisuras y los conflictos de la sociedad del siglo XIX. Lejos de ser una sociedad armoniosa, la vieja sociedad decimonónica de la hacienda cafetalera y cañera se revelaba ante los ojos de los investigadores como un escenario de explotaciones, resistencias, conflictos, desplazamientos y subordinaciones. La fascinación con los mecanismos hacendados de dominación y los entrefuegos sociales distrajo de una consideración seria de los resortes del Estado en todas sus instancias. Fuera de algunas excelentes tesis de historia, la mayoría de ellas alentadas por Gervasio García, hubo poco interés en escudriñar el aparato estatal.

Este relativo desinterés en el Estado obedecía a un cansancio con la historia política tradicional y sus genealogías de partidos políticos y su interminable narrativa sobre las contiendas entre conservadores y liberales, muñocistas y barbovistas. Los acercamientos al Estado que se dieron tendieron a considerarlo más en sus roles como superestructura y como organismo colonial. Las relaciones entre el Estado y las clases económicamente hegemónicas adquirían en estos esquemas

un carácter tautológico que rendía superfluo un examen detallado. Ya se sabía o el Estado estaba al servicio de las clases dominantes o si no lo estaba era porque la burguesía criolla quería cuestionar el Estado colonial.

Lo que podía tener algún interés era si el Estado colonial estaba interesado en la reproducción de su ideología de dominio. Pero como era notorio que el Estado español no se interesaba por la educación (fuera de los manuales nacionalistas que afirmaban lo contrario) ese tema mejor se transfería al siglo XX, donde tendría mayor actualidad.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

En ninguno de los trabajos a los que se ha aludido había mayor interés en el Estado en sí mismo. Los protagonistas eran siempre los pensadores y líderes criollos, con sus aspiraciones políticas perpetuamente cuestionadas, perseguidas y reprimidas por el Estado español. La iniciativa siempre venía de la cancha local. El Estado y sus acólitos asimilistas estaban pendientes de que el país no progresara, la modernidad no llegara y las libertades no se ejercieran. Si esto parece una caricatura, baste leer unas líneas de Loida Figueroa:

Ya verían los habitantes de Puerto Rico que estaban llegando las leyes especiales, pero no las que habían esperado, sino leyes restrictivas diferentes a las que regían en la Península. Más adelante veremos como el sector conservador favorecería esa clase de especialidad, dado lo cual el sector liberal constitucionalista, por no caer en una especialidad restrictiva, prefirió la asimilación, aunque supiese que no todas las leyes de España convenían en las Antillas.¹⁷

El próximo paso ineludiblemente sería que cuando los asimilistas favoreciesen la aplicación de las leyes de España, los criollos progresistas volverían a buscar leyes especiales.

¹⁷ Loida Figueroa, *Breve historia de Puerto Rico*. 2ª ed. rev., Río Piedras, Editorial Edil, 1970, tomo 2, pp. 122-23.

La premisa de muchos de nuestros historiadores, que ya sabían quienes eran los buenos y quienes eran los malos del libreto, es que la modernidad era necesariamente el proyecto de los criollos comprometidos con el gobierno propio. Esto se ha tomado tan por contado que la inferencia lógica ha sido que los gobernantes españoles y sus fautores retrasaron y postergaron los cambios beneficiosos al país.

Si fuéramos a identificar cuatro aspectos de la modernidad, a saber, comunicaciones, educación, salud pública y ordenamiento urbano, yo me pregunto cómo resultarían alineadas las elites criollas frente a los proyectos concretos del Estado. De salida es posible señalar la notable resistencia de las elites municipales a la erogación de fondos y recursos en esos renglones. Tomemos las comunicaciones, en principio cercano al corazón de los hacendados criollos, supuestamente ávidos de poder llevar sus productos a los puertos. El programa de construcción de carreteras y caminos de Fernando de Norzagaray, diseñado para dotar a la Isla de un sistema completo de comunicaciones internas, no se vino a llevar a término hasta entrado el siglo XX, en buena medida por la indiferencia de los municipios a las constantes urgencias del gobierno central. La carretera central de San Juan a Ponce no se vino a terminar hasta 1886, la de Cayey a Guayama hasta la década de los 1890, la de Bayamón a Comerío hasta la década de 1910. Si examinamos los expedientes de la construcción de estas carreteras veremos que el apremio viene del gobierno y la lentitud y la renuencia de los ayuntamientos.

En el renglón de la salud pública vemos algo similar. Es el gobierno quien urge que cada municipio tenga un médico titular, que pide informes constantes sobre la salud y fiscaliza la administración de la vacuna contra la viruela, que apremia para que se tomen las medidas pertinentes de salud pública. Son los municipios que se manifiestan renuentes a ofrecer salarios atractivos a los médicos, que permiten que los curanderos ejerzan su oficio en los campos, y que a veces permiten que pasen meses sin vacunar contra la viruela.

Si examinamos el campo de la educación pública, constataremos la terrible indiferencia de las élites municipales al tema. No les interesa educar a las masas. No les interesa mantener escuelas en los campos. Otra vez es el gobierno

central el que apremia, y después de 1880, conmina a que se observen las normas y circulares. Muchos municipios pasan décadas en la primera mitad del siglo XIX sin contratar maestros. Ponen en el presupuesto sumas para gastos escolares, y luego las destinan a otros fines. Si leemos la novela *Cosas*, de Matías González, veremos allí una contundente condena a la indiferencia de las elites municipales a la situación real de las escuelas en los municipios.

El argumento del gobernador Pezuela de que no se debía construir un colegio central hasta que se asegurase la educación primaria en los pueblos nunca se ha examinado en sus méritos, porque es más cómodo adjudicar el propósito de que quería retrasar la educación superior sin sentarse a examinar el verdadero estado de la educación primaria en el país. Pero el colegio central proyectado era para los sectores acomodados que ya tenían resuelto el asunto de la educación primaria.

Finalmente, si observamos el afán por un ordenamiento urbano en la gestión gubernativa y la indiferencia y resistencia de los sectores criollos dominantes a esta política urbanista, llegaremos a la conclusión de que son muy pocos los pensadores criollos que llegan a identificar la modernidad con la racionalización de la vida urbana.

Lo antecedente muestra las posibilidades de una nueva historia política del siglo XIX puertorriqueño en que se midan los compromisos con la modernidad en términos específicos y se llegue entonces a una mejor configuración del rol de las élites municipales en el desarrollo de las instituciones políticas del país.